

Enrique Espinoza

Chicos de España (1935)

Estas notas de viaje que ahora empiezan a salir por vez primera en letras de molde bajo el título común de «Chicos de España», fueron tomadas poco antes de promediar el año antepasado para el pequeño diario de un solo lector en que entonces registrábamos nuestras impresiones sobre la marcha, sin ninguna idea de trascendencia.

Hasta la revuelta criminal de los generales facciosos en íntimo acuerdo con los turbios demagogos de la sangre y la retórica, no pensamos seriamente en su publicación. Y menos con una fecha tan definitiva entre paréntesis. Pero desde que los bárbaros dieron en la locura de exterminar a estos chicos, que los mal llamados «Grandes» habían reducido durante siglos a la emigración y la mendicidad, no pudimos hacer otra cosa que inclinarnos de nuevo sobre dichas páginas.

En verdad, tras los atisbos iniciales de aquella España infantil que ya no existe, era fácil advertir la felonía de siempre entre las sombras jesuíticas del último «bienio negro».

Con todo, ni ante los más reveladores «Caprichos» de Goya, llegamos a imaginarnos a los verdugos seculares de España, trayendo aviones italianos y alemanes para masacrar a las mujeres y los niños bajo su propio cielo nativo.

¡Esto ha pasado, sin embargo, una y mil veces a los ojos atónitos de un mundo que se cree humano y civilizado!

¡Cómo decir nuestra angustia de tantos días, lejos de aquellos

sangrientos campos de batalla; pero con estos fogosos chicos de España cada vez más cerca de nuestro corazón?

En la imposibilidad de volar hasta ellos como André Malraux y otros escritores internacionales, admirablemente equipados para su venganza, les ofrendamos estas notas casi olvidadas, en recuerdo de nuestros días menos oscuros, cuando justamente con ellos como lazarillos, íbamos de uno en otro templo de paz y comunión. . .

I

El Peñón tal cual

Llegamos a Gibraltar una clara tarde del mes de mayo. La última lancha del día acababa de salir para Algeciras y no tenemos más remedio que pasar, debidamente autorizados, la noche en el Peñón. Lo que nos viene bien hasta cierto punto, porque como el Fuerte está de fiesta con motivo del jubileo de los reyes británicos, resulta fácil conocer de paso el espíritu pueril de la tremenda ciudadela en todo su esplendor. . .

En un cochecito de dos ruedas recorreremos de abajo para arriba y de arriba para abajo la inevitable *Main Street* llena de cafetines y hoteles internacionales frecuentados principalmente por *highlanders* y marineros, los unos y turistas y negociantes norte y sudamericanos, los otros.

(Nuestro vehículo no deja de parecer grande en medio de esta calle más a propósito, sin duda, para sus numerosos coches-cunas, seguidos de nurses bastante más altas que anchas).

Un gigantesco *policeman* de casco londinense y alta vara de roble—verdadera imagen de la soberana autoridad—dirige el tráfico en cada bocacalle. Junto a la del Correo podemos enterarnos de que no obstante su aspecto exclusivamente metropolitano, el alto «varón», ya que es injusto decirle el «varita», como a sus congéneres de Buenos Aires, habla el español con igual soltura que el inglés. También lo hacen correctamente los

empleados del *Post Office* con la diferencia de que no reciben otro dinero que el de Su Majestad.

Frente a la Casa de Gobierno, unas cuadras después, dos soldados rubios se turnan en un complicado rito marcial que nos hace reír por su énfasis. Tomamos el camino de la Alameda entre cañones conmemorativos de la última guerra hasta llegar a una plazuela que hay cerca del estrecho osario de Trafalgar. Es el primer rincón verde en esta tierra gris.

Un joven fotógrafo español nos retrata sin que nos demos cuenta al bajar; y a los pocos minutos nos ofrece «a peseta» la primera copia húmeda de nuestros rostros asombrados.

Entramos en conversación con unos chicos morenos que se pasean bajo los árboles.

—Ustedes son españoles; ¿no es cierto?—inquirimos con absoluta seguridad.

—No, señor; somos súbditos—es su respuesta equívoca en castellano, mientras se retiran para evitar mayores explicaciones, pues nosotros insistimos en averiguar si se consideran de veras súbditos ingleses, lo que más bien se diría que niegan, afirmando que han nacido en el Peñón.

Después de una rápida recorrida por el Parque nos queda aún tiempo para dar una larga vuelta por la feria o romería desierta y salir a la zona limítrofe de donde, según repetidas advertencias en inglés y español, es necesario volverse cuando suena el *tattoo*. Sin aguardarlo, regresamos a la *Main Street* en el preciso momento en que pasa un cortejo fúnebre de diez o doce caballeros de rigurosa etiqueta. Estamos otra vez en el minúsculo retazo del Londres colonial.

Pero aquí mismo el Oriente asoma su abigarrada música de colores en todas las tiendas, dejando casi en la sombra las uniformes banderas británicas.

Ahora hacemos unas cuadras a pie por la calle asfaltada y

doblamos en seguida por un pasaje o *alley* que tiene el significativo nombre de Benzimbri.

Pasa un chiquillo como de once o doce años vestido con un extraño ropón gris y tocado con el clásico fez rojo. Lo detenemos un instante para preguntarle si entiende el español. Nos responde que sí con la cabeza; pero a otra pregunta nuestra sobre su escuela se confunde y nos dice en forma cortante: «Yo no voy a la escuela, estudio el árabe», como queriendo darnos a entender que el español lo sabe porque sí, espontáneamente.

Seguimos por otra *lane* o calleja bastante empinada y leemos la palabra Sinagoga en español sobre el frente de una casa sin mayor importancia. Hay por lo visto también judíos en Gibraltar y, de seguro, judíos venidos de España.

En los altos de una relojería un gran anuncio pregona el nombre angloargentino de su dueño: Joseph Gache. Más allá en otro puede leerse: James Sanguinetti, *undertaker*. Gran funeraria.

Nos acordamos, es claro, de Buenos Aires, donde a veces en una misma chapa y no siempre comercial, se juntan tres o cuatro palabras de distintas lenguas. Por ejemplo: Club de amateurs de box o football.

A la vuelta de una esquina un moro tuerto nos ofrece un gallo viejo, cuyas cualidades se diría que nos alaba en su propio cantar... Lamentamos no poder comprárselo; pero como nos sigue insistiendo, tenemos que meternos en la primera tienda de babuchas para cambiar sus zalemas por otras. Sólo quedamos libres de ellas, cuando nos alejamos del lugar con unas chancletas igualmente detonantes...

Volvemos a encontrar de pronto nuestro cochecillo salvador. No podemos menos que aceptarle a su dueño, un español nativo del Peñón, otra vuelta hasta la punta llamada de Europa.

Al fin quedamos solos en una especie de terraza desde donde se puede ver, pero no fotografiar, las amenazantes fortificaciones

de los ingleses alrededor de un antiguo fuerte árabe que brilla con las últimas luces del sol.

Tras de recorrer el barrio pobre de Gibraltar, cambiando una que otra frase con los pequeños «súbditos» de la calle que hablan tan bien el inglés como nuestro cochero el español, nos volvemos, por último, al hotel. Estamos verdaderamente hartos de cañones y fortalezas de todo tamaño y estilo. Sentimos necesidad de algo menos duro. Pero apenas terminada la cena, nos largamos otra vez a la calle. Ahora, como conocedores de la *Main Street*, subimos por ella a pie hasta la feria o romería que vimos a su terminación.

Todavía es temprano, al parecer, aunque hay ya una buena cantidad de soldados y marineros en los aparatos mecánicos, y bastante gente del pueblo delante de las barracas que prometen fenómenos nunca vistos. Son internacionales los pregones y andaluces los pregoneros y casi más los que convencen que los convencidos.

Frente a una sala *ad hoc*, toda adornada de banderas y alfombras multicolores, con una docena o más de sillones de alto respaldo dispuestos en forma de herradura, como en una Academia, nos informamos por un «valet» de punta en blanco que el cuerpo diplomático del Peñón está por llegar a la feria. No resistimos la tentación de averiguar el nombre del Cónsul argentino a quien según la ley debemos una visita. El mozo no lo recuerda.

—Pero naturalmente—nos dice muy serio—es italiano...

Desde luego, nos vamos sin esperarlo. El ambiente pueril de la feria, tan en consonancia con el espíritu pomposo de la ciudadela, nos vuelve gárrulos por un momento; pero muy pronto ponemos fin a nuestra expansión y a nuestra cómica puntería al blanco, tomando el ómnibus para *La Línea*.

El cobrador o guarda es un chico español recién salido de la adolescencia que entra en charla con los pasajeros, mientras les cobra sus pasajes. A nosotros nos habla de Tánger, de donde

vienen por las mañanas, según nos informa, todos los productos al mercado de Gibraltar, que no produce nada. En pocos minutos su charla se acaba, pues llegamos a los portones de la Aduana.

Aquí nos salta a la vista un espectáculo inesperado. Más de cien personas, pobremente vestidas están apiñadas en la calle, aguardando turno para pasar a La Línea. Por un portón entran las mujeres y por otro los hombres. Una pareja de carabineros guarda lo que se llama tan sin razón el orden...

Protestas y reniegos llegan a nosotros cuando nos acercamos al grupo más numeroso del centro. Preguntamos a un chiquillo el motivo de esta aglomeración humana. Nos mira sorprendido, sin duda, de encontrar forasteros a esta hora. Luego nos dice que se trata de gente que vuelve a diario del Peñón a La Línea. Españoles todos.

Una viejecilla le explica a mi mujer que los carabineros están muy malos esta noche y le muestra un carnet por el que tuvo que abonar dos pesetas.

—Figúrese, hijita—se queja—las molestias que nos ocasionan a nosotros que tenemos tantas necesidades. Y mira a su alrededor como señalándonos la cantidad de gente que tiene que ser revisada todavía.

Son todos españoles y no pueden, sin embargo, volver a su pueblo sin demostrar antes en forma convincente que no han perjudicado ni siquiera en una «perra chica» al comercio internacional. Para eso los revisan noche a noche, en la imponente Aduana, quitándoles hasta los gramos de tabaco mascado que tratan de esconder en sus muelas picadas...

Del otro lado, seguramente, esperan a estos hombres y mujeres criaturas hambrientas y con sueño; pero los revisores parecen no tener apuro y las dos colas humanas se deslizan a través de los altos portones con desesperante lentitud.

El triste espectáculo termina por sublevarnos en carne

propia. Renunciamos a la idea de pasar a La Línea y nos volvemos a Gibraltar llenos de indignación por esa vergüenza que nos recuerda olvidadas lecturas históricas sobre los ghettos de la Edad Media.

En el ómnibus encontramos al mismo guarda jovencito que nos trajo desde la feria. Nos reconoce y como si fuera nuestro amigo de infancia se sienta a nuestro lado y nos explica con exceso de detalles la ingeniosa técnica del contrabando en pequeña escala a que se ve obligada toda esa pobre gente que vimos frente a los portones de la Aduana.

Cuando ya estamos por bajar junto al Mercado, nos obsequia con esta antigua copla de La Línea apenas modificada en una palabra:

*Dicen los carabineros,
cuando salen del Peñón:
Dios nos libre, compañeros,
de la boca de un soplón.*

II

En el tren de los Andaluces

Por suerte, la asombrosa instantánea fotográfica que nos tomara por su cuenta el primer chico español que encontramos en la plaza de Gibraltar nos sirve al día siguiente para conseguir en el puerto mediante pocas pesetas, un billete kilométrico con que recorrer España de punta a punta.

En Algeciras, después de cruzar el Estrecho en la primera embarcación, no encontramos ninguna traba en la Aduana. Al contrario, los revisores se contentan con uno solo de nuestros pasaportes. Pasamos a la estación de los Andaluces con bastante tiempo para hacernos de algunas provisiones y ubicarnos

con relativa comodidad dentro de la muy escasa que ofrecen los viejísimos coches de tercera.

Nos llaman la atención de entrada unas insignias amarillas que llevan abrochadas con una chapa reluciente todos los funcionarios del tren, desde el jefe de turno hasta el último señalero. Preguntamos a un chico qué significan esos trapitos y nos informa que todo el personal ferroviario de España ha sido movilizadado después de la represión de Asturias.

El tren parte a la hora indicada sin muchos pasajeros; pero con una pareja de la guardia civil que toma asiento no lejos de nosotros. Una nube se cierne en nuestra memoria sin vencer, empero, nuestra alegre emoción de hallarnos, por fin, en España.

Vamos conquistados desde un principio por la suavidad y gracia del campo andaluz. Tierra florida llena de amapolas rojas por todas partes. Aquí y allá casitas blancas de cal, resplandecientes. Pronto dejamos atrás la Serranía de la Nieve que mira hacia Gibraltar. Nos internamos por cauces de ríos secos, entre olivares de hojas plateadas y áureos campos de labranza que a cada vuelta parecen tener fin. La locomotora pitea tímidamente y su humo blanco eleva lánguidos arabescos al cielo azul. Una sonrisa de luz primaveral fija en la atmósfera con relieve perfecto hasta el vuelo de los pájaros.

La carretera de autos serpea paralelamente y a corta distancia de las vías del tren. Sobre su asfalto gris, se ven pocos móviles, como hemos oído llamar aquí a los autos. En cambio, pasan muchos burritos cargando niños, mujeres y frutas.

Los nombres de las estaciones son moriscos y tienen una significación poética de siglos: Almoraima, Beneoján... En la primera, suben dos labriegos y toman asiento a nuestro lado, después de saludarnos con mucha dignidad.

El guarda o interventor, según su nombre local, no tarda en asomarse por la angosta plataforma de afuera, a pedirnos los pasajes. Los dos hombres lo reciben familiarmente; pero uno

solo le entrega su boleto. El otro le asegura, sin probarle, que su autorización tiene aún validez. Y como el funcionario parece incrédulo, el paisano le pregunta si desconfía de su palabra.

—No, don Miguel—se disculpa el guarda—; pero me parece que está usted equivocado. Y le pide la presentación del papel para comprobar la fecha.

En efecto, ha vencido la víspera. Sin embargo, don Miguel alega que hace el viaje por culpa de la empresa que no tenía tren el día anterior para X. Discuten. En todo caso, concluyen, ninguno de los dos tiene la culpa. Se ponen, pues, de acuerdo antes de llegar a la próxima estación, donde baja tranquilamente don Miguel y sube otro labriego.

Pasando Gaucín cuyas inmediaciones están llenas de pájaros, entra a nuestro coche un chico como de diez años que se disimula en el centro del banco que ocupamos nosotros.

Distraídos un momento por las novedades de afuera, no menos interesantes que las de adentro (ahora se ve a la distancia un montón de casitas simétricas que resultan, ¡ay!, de cerca, todas de corcho) apenas si reparamos en la presencia del rapaz. Pero el interventor no tarda en descubrirlo. Entonces el chico, que, naturalmente, viaja sin boleto, le entrega desesperado su gorra y escurre el bulto por el pasillo. Con muy poca suerte, porque el guarda consigue atraparlo sin mayor esfuerzo.

—Se ha querido burlar de mí—grita enfurecido el hombre tragándose la mitad de las sílabas como buen andaluz. Y dirigiéndose a todos los pasajeros del coche agrega:

—Me ha dado a picar la gorra el golfillo.

No podemos menos que intervenir en favor del chico. Los labriegos hacen causa común con nosotros. Pero el guarda no lo suelta, amenazando enfáticamente entregarlo a la guardia civil —que por suerte se ha ido a otro coche—para que aprenda a burlarse de él...

A duras penas conseguimos convencerlo de que lo deje bajar, sin más, en la primera estación.

Con motivo de este incidente entramos en viva plática con nuestros vecinos. Al saber que llegamos de América nos informan que tienen parientes en Buenos Aires: unos chicos que deben ser ya hombres. En seguida, nos hacen un montón de preguntas: ¿Se cría mucha plata allá? ¿Muchos animales, no? ¿Y el campo es tan lindo como éste?

Nos entendemos a las pocas palabras. El mal de España es el mismo de América. La tierra no pertenece a los que la trabajan. Los terratenientes forman asimismo el gobierno.

De nuestra conversación surge una filosofía que ellos sintetizan en el estilo refranero que también nos es común. En todas partes se cuecen habas...

Callamos, pensativos, mirando los campos ubérrimos. Después, mientras el tren se desliza con las luces apagadas por un largo túnel, prestamos oídos a la conversación de otra pareja de campesinos.

—Fernandito, sabes—explica uno—me dijo el otro día quienes son los «agrarios». Lo que me imaginaba. A mí con esas. Como si...

Pero sus palabras son cubiertas de pronto por los gritos histéricos que lanza una mujer sentada del otro lado de nuestro banco.

Cuando salimos del túnel podemos verla por encima del respaldo de madera, forcejeando por desasirse de las manos de los dos hombres que la acompañan: un militar y un clérigo.

Los túneles se hacen cada vez más frecuentes y también los gritos de la pobre enferma. Uno de los pasajeros explica en forma muda, con el índice sobre la sien, que la infeliz ha perdido el seso.

Durante una hora, por lo menos, los gritos de la mujer se

sucedan en cada túnel, atrayendo cada vez mayor número de curiosos de los otros coches.

Nos cuesta retener las lágrimas. Esta enferma flanqueada por un militar y un fraile se nos ocurre un símbolo de la famosa Madre Patria y toda la consabida retórica del 12 de octubre. No, en verdad, de la España de nuestro corazón.

Cuando llegamos a Ronda los labriegos nos aconsejan bajar en vez de seguir directamente a Granada.

—Vale la pena—nos dicen—ver esta maravilla única.

Y nosotros les hacemos caso porque el solo nombre de Ronda basta para reconfortarnos con la posibilidad de otra España más vieja y por lo mismo más juvenil... Bajamos, por tanto, en la estación de Ronda, tras de despedirnos de nuestros gentiles acompañantes.

III

Ronda la pechoña

Esta pequeña ciudad de provincia levantada como el pecho núbil de una muchacha sobre la áspera roca partida en tajo por el profundo cauce del Guadalevín, es, de seguro, la imagen más asequible para entrar en contacto con la España Virgen redescubierta por nuestro gran amigo Waldo Frank.

Precisamente, con la espléndida versión de su hermoso libro bajo el brazo, nos dirigimos al *Mercadillo* o sea la parte nueva de Ronda, evocando al querido escritor lejano, que sin duda hizo el mismo camino diez años antes con el libro original en la cabeza...

Desde la estación donde dejamos casi todo nuestro equipaje en consigna, para no ser tomados por unos vulgares turistas, varios chicos nos siguen sin engañarse, ofreciéndonos graciosamente los mejores hoteles de la ciudad.

En vano les decimos que nos aguardan en la Casa del Rey

Moro, cuya mina subterránea de 365 escalones de cava hasta el borde del río ha sido alfombrada de rojo en nuestro honor. Los chicos se ríen de tanta fantasía y uno de ellos nos cuenta a continuación una aventura mucho más verídica con una pintora inglesa que le ofreció un puñado de monedas por retratarlo. Nos hacemos cargo de la alusión y al final de la ancha avenida que conduce al pueblo entré una doble hilera de artísticos chalets modernos, capricho o negocio de un rondeño enriquecido en Londres, retribuimos como se merece al afortunado «modelo» su compañía.

Satisfecho este primer impuesto voluntario, si así puede decirse, vagamos por los distintos barrios de Ronda hasta el anochecer. Las calles del *Mercedillo* son cortas y limpias, las casas encaladas y de poca altura, con una que otra excepción de mal gusto que no echa a perder su aspecto total de pueblo andaluz.

En las esquinas, grandes mayólicas ostentan letra a letra los nombres preclaros de algunos hijos ilustres de Ronda: Vicente Espinel, Ríos Rosas, Francisco Giner... Sobre varias puertas comerciales lucen inscripciones en inglés como *Donkeys for hire* o *Curiosities*. Llegamos hasta el término de la Alameda sobre la imponente vega o *Campillo* que se ve a unos doscientos metros de profundidad.

Los molinos del río Guadalevín resuenan en lo hondo del valle y no nos cansamos de admirar el incomparable paisaje todo verde que se extiende abajo, entre las sierras bermejas empenachadas de azul.

Por la calle Castelar, nos llegamos después al Puente Nuevo que une por arriba las dos riberas del Tajo, en cuyo precipicio revolotean grandes pájaros negros que parecen tener sus nidos en la roca. Seguimos por las tortuosas callejas del Barrio viejo hasta llegar al Palacio de Salvatierra que ostenta una portada barroca no menos significativa quizás que el nombre de sus moradores.

Casonas y conventos se codean aquí a cada vuelta. En una encrucijada, damos con la primera procesión de beatas. Van a la novena recién anunciada con cohetes. Pronto asoman otras y otras. Es un desfile triste de mujeres viejas y enlutadas, desliziéndose como fantasmas en el camino ya anohecido. Mantillas y rebozos por todas partes, ensombreciendo los claros rostros de las casas que se miran de cerca, como miopes a la vaga luz del crepúsculo.

Una nota amable nos sorprende, de pronto, junto a la mansión natal de don Francisco Giner de los Ríos, mientras volvemos hacia el Puente Nuevo, de regreso al *Mercadillo*. Es una joven rondeña, de ojos deslumbrantes y singular hermosura, conversando con su galán al borde de la calzada. Su presencia se nos ocurre el mejor homenaje al maestro de la España futura, apenas honrado por la de ahora con una simple placa conmemorativa sobre su alta casa, no convertida en Museo todavía.

Al desembocar por la carrera de Espinel, la excepción de la ciudad vieja se convierte en regla de la nueva, pues nos damos con un desfile pueblerino de mozas y mozos correctamente vestidos, paseando a lo largo de la calzada resplandeciente de luz eléctrica. Nos viene desde luego a la memoria la calle Florida de Buenos Aires. Pero una llovizna inesperada nos corre pronto a la plaza de Carmen Abela donde está el Hotel Progreso que elegimos para pasar la noche.

Después de la comida que nos sirven con un pan sabrosísimo y un vinillo dulce que hace realmente honor al nombre de Málaga, cesa la llovizna en nuestro balcón y la plaza se llena de luna y de niños.

Pronto nos llegan con una música remota los ecos próximos de una ronda infantil que nosotros mismos cantamos del otro lado del Océano. No podemos menos que salir a su encuentro cuando se eleva en torno a la fuente debajo de nuestro balcón.

Allí comprendemos sin esfuerzo como es posible que este hermoso pueblo en que nos albergamos tan a gusto, más que a su

origen celta, griego o romano, deba su nombre a tan sencilla canción

*Ronda que te ronda, ronda,
ronda, rondín y rondó.*

Hasta muy tarde en la noche vamos tras este improvisado pie de romance, jugando de plaza en plaza la misma palabra en sus distintas acepciones...

Por último, cuando todas las voces callan y el pueblo se queda profundamente dormido, nos encaminamos silenciosos al hotel acompañados de la propia luna. Es un plácido regreso como de una boda o un velorio. Nos sentimos tristes y alegres a la vez. Ronda por lo que hemos alcanzado a ver es alegre de noche y triste de día. La vieja España se ha dormido hace muchos años con los pechos al sol; y la joven España se diría que noche a noche la viene a despertar...

Por la mañana unos chicos, hermanos, sin duda, de los que cantaban a la víspera bajo la luna, si no los mismos, nos quitan de rodillas el polvo de los zapatos en la arbolada Plaza Mayor. Uno tras otro llegan hasta nuestro banco los mendigos que están desde temprano junto a la iglesia de la Merced. Nos piden una limosna en nombre de Dios sin esperar siquiera a que les paguemos su duro trabajo a los chiquillos.

Doblamos la antigua Plaza de Toros, ahora cerrada, en busca del camino que lleva al populoso barrio de San Francisco. Antes de llegar al Puente Nuevo, detenemos a un labrador que viene en dirección contraria para preguntarle si queda lejos la Puerta Arabe. Nos la señala más allá de la Alcazaba y se ofrece a servirnos de guía por una peseta. Se la damos de buen grado por su traje de pana y su indicación; pero sin aceptar sus servicios. En otro tiempo, de seguro, los mismos chicos de Ronda mostraban desinteresadamente a los huéspedes las maravillas

de su pueblo natal; mas hoy el rastacuerismo extranjero y la pobreza española han pervertido hasta a sus padres, convirtiéndolos en parásitos de sus ruinas.

La vieja Puerta Arabe llena de letreros y dibujos nuevos entre los que no faltan corazones atravesados por flechas y vivas a Largo Caballero y mueras a Lerroux, nos interesa menos que la gente del otro lado.

De vuelta, un chico que baja la pendiente en su burro con una flor en la mano se la obsequia gentilmente a mi compañera. Ella le da las gracias muy contenta; pero yo le deslizo a hurtadillas una moneda en la mano. No quiero desilusionarla de su espontáneo homenaje.

Otra vez en el *Mercadillo*, después de visitar la Casa del Rey Moro y el Palacio de Mondragón, damos todavía una vuelta por la vieja Plaza de Toros, la más antigua de España, según dicen. Una tremenda novillada se anuncia para el domingo próximo con motivo del 450° aniversario de la toma de la ciudad por los Reyes Católicos. Ronda que fué cuna de Omar-ben-Hafsun y corte de Yusuf y Alumelek, tiene una larguísima historia. De ahí que siga siendo, en parte, al menos, una ciudad pechoña, no sólo en el sentido físico...

La misma guía de la República no deja de destacar como una de las escenas más típicas de la vida rondeña, «el espectáculo de las caravanas de borriquillos en recua, cargados de los frutos con que los colonos rurales vienen a pagar a los propietarios ciudadanos la renta de sus arrendamientos».

Por ventura, hay otra Ronda, clara, industriosa, fabril, cuyos artesanos y trabajadores no miran con buenos ojos hacia el lado sombrío y conventual, donde viven los monárquicos. Estos se vengán miserablemente diciendo a los campesinos que vayan a pedirle trabajo a la República y negándose a darles las tierras para el cultivo. Pero los labriegos de Ronda están apren-

diendo ya, como sus hermanos de México, que la tierra es de quien la trabaja. No tardarán seguramente en tomársela a las buenas o las malas.

Por la carrera de Espinel que no cuenta todavía las diez cuadras alusivas a su nombre poético, aunque es justamente la quinta cuerda en esa guitarra que parece el mapa de Ronda, nos dirigimos a pie, a la estación.

En el escaparate de una librería cerca de la clausurada «Casa del Pueblo», que como las calles luce también su nombre en mayólicas, descubrimos una postal con el antiguo Barrio Hebreo. Entramos a comprarla y el librero que parece estar dormitando, nos la saca diciéndonos:

—«Aquí tienen ustedes el Barrio Obrero». Y en seguida, advirtiendo su lapsus, se corrige: Hebreo.

—Es lo mismo—le decimos nosotros y salimos pensando con Freud antes que con Marx hasta qué punto su error es nuestra verdad.

En la estación, mientras yo espero frente a la boletería a que me marquen el kilométrico para Granada, mi mujer es rodeada de una cantidad de chiquillos que le gritan: *Money miss, money*, tomándola por inglesa. Sobre el alféizar de una ventana que da al andén un muchachito entona un cante jondo como para quien quiera oírlo. Es el mismo chico de la verídica historia de la pintora inglesa. Ahora el pobre se limita a pedirme una modesta «perra gorda». Pero su canto vale mucho más y yo pongo en sus manos toda la calderilla que acaba de darme el boletero, diciéndole que le quedo debiendo todavía. El chico me mira asombrado y en el momento de partir el tren, repite su cantar con más brío. Las lágrimas asoman a nuestros ojos como a la llegada de Ronda, pero ahora por otro motivo.

IV

Granada desde el Albaicín

No hay como pasarse una aburrida siesta de domingo en un tren de los Andaluces que silba puerilmente a cada vuelta del camino siempre igual y, sin embargo, distinto, para darse cuenta de qué menudo intercambio vive una buena parte del pueblo español. Porque este tren de los Andaluces tiene algo de feria y de romería. Frutas, cigarrillos, corbatas, periódicos, navajas, confituras, billetes de lotería y un montón de cosas más son moneda corriente a lo largo de este convoy.

Desde los andenes los chicos alcanzan a los viajeros de las ventanillas una sed de agua y por el mismo precio en algunas estaciones se puede adquirir un vaso de leche o de vino. Los gritos de los vendedores se meten en los coches con su gracia parlanchina y conquistan hasta los ingleses más adustos.

Por nuestra parte, les adquirimos una serie de cosas que maldita la falta que nos hacen, para decirlo en su lenguaje. También probamos toda clase de golosinas por el placer de entrar en trato con sus vendedores. Comprar es, además, la única manera digna de retribuir a esta gente sencilla su contagiosa alegría de vivir bajo este espléndido cielo azul.

Nuestros acompañantes de adentro no son, por cierto, menos efusivos que los de afuera. Vamos entretenidísimos con su charla y asombrados de nuestra ignorada facultad de ponernos a tono con todas las personas que se suceden desde Bobadilla.

Llegamos a Granada ya de noche y un poquito cansados. Así que apenas alcanzamos a ver la vía principal de la ciudad camino del hotel. Es una avenida ancha y limpia que a trechos nos recuerda la calle Callao de Buenos Aires. Se ve que desde 1492, el año de la reconquista de Granada, precisamente, el oro

de las Indias se ha hecho sentir aquí. La Gran Vía lleva desde luego el nombre de Colón, el primero de los que fueron a buscarlo.

No nos halaga mucho tal influencia, a decir verdad; pero hasta la mañana siguiente no salimos a ver la otra Granada. Lo hacemos bien temprano, a pesar de que la ciudad se despierta un poco tarde. Sobre la misma calle principal desembocan las callejas retorcidas y sucias que caracolean y trepan hasta el famoso Albaicín. (No hay para qué ir a los zocos de Ceuta o de Tánger).

Por todas partes asoman burritos cargados de leche, verdura o aceite. Se les oye rebuznar de pronto en medio de la misma Gran Vía. El contraste entre este primitivo medio de transporte y los altos edificios modernos de ciertas esquinas es evidente, pero pocos parecen advertirlo.

Un cartel muy repetido en las calles céntricas de Granada reza en forma perentoria: «Anuncios no»; y esta concisa transposición nos trae a la memoria la imagen querida de una sobriñita nuestra que negaba todo en forma semejante, cuando la dejamos en Buenos Aires.

Tranvía no, decimos parodiándola y nos metemos en un ómnibus que en pocos minutos nos deja al pie del Albaicín.

Es cerca de mediodía y hace mucho calor. Estamos en la llamada Plaza Larga, detrás de una iglesia que ostenta, clavada en el suelo, una enorme cruz de fierro, a cuya sombra corretean infinidad de chiquillos sucios y desarrapados.

FAI dice muchas veces en grandes letras negras sobre el paredón gris de la sacristía. Fai es el anagrama de la Federación anarquista ibérica. El Albaicín no es, pues, sólo un barrio de gitanos.

Por una calleja torcida de casas pobrísimas trepamos al Sacro Monte en busca de estos últimos. En la primera vuelta nos sorprende un grupo de muchachas de la fábrica de teji-

dos San Miguel. Es una escena fugaz de organización industrial y trabajo mecánico. Las jóvenes obreras no tardan en dispersarse y desaparecer.

Seguimos hasta la Ermita del mismo nombre de la fábrica. El camino lleno de inmundicias se hace cada vez más áspero. En recompensa, el paisaje que se ofrece desde la altura es cada vez más suave.

Por fin llegamos, rendidos de cansancio, hasta la gran muralla árabe. Desde esta eminencia se domina a Granada en todo su esplendor. Del otro lado del Darro se destacan nítidamente en la clara atmósfera del mediodía, la Alhambra y el Generalife. Y más allá la feracísima vega que cruza el río Genil. Un paisaje verdaderamente andaluz.

De vuelta por la parte contraria del Sacro Monte damos con las cuevas de los gitanos. Por la mañana sólo habíamos visto uno que otro en el centro de la ciudad. Aquí debe haber muchísimos, pues surgen de la tierra cuando menos se los espera.

Un mozo alto y fornido asoma a la distancia cuán largo es y nos hace señas con la mano. Nos fingimos diplomáticamente ciegos por un momento. El hombre no insiste. Pero dos gitanillas de anchas polleras multicolores, que recogen con las manos para correr más libremente, nos alcanzan pronto sin chistar.

Zalemas para la «niña» y el «guapo» de su parte y de la nuestra, unas monedas para beber a la salud de Federico García Lorca. Las gitanillas no parecen entendernos; tienen de seguro que cumplir otros encargos menos poéticos. Nos ofrecen, por lo pronto, la buena ventura, un baile típico y varias demostraciones más de su antiquísimo arte. Todo a precio fijo. Rehusamos, con la promesa de volver por la noche, porque es demasiado tarde y, sin más, descendemos por la cuesta del Chapiz hasta el puente del Aljibillo.

Mientras llega algún vehículo para transportarnos de nuevo al hotel, curioseamos un rato por una de las callejas que desemboca en el Paseo de los Tristes. Antes que los aljibes y los hornos tan primitivos del lugar, nos llaman la atención los ojos de una mujer sentada en el umbral de una casa de vecindad que le está dando de mamar a su hijo. Son los ojos más lindos que hemos visto no sólo en el Albaicín.

Por la tarde, después de informarnos en la Casa de los Tiros, la única oficina turística instalada en un Museo que tiene hasta una sala dedicada a Washington Irving, nos vamos a visitar la Alhambra.

No hemos venido a Granada precisamente para eso como la totalidad de los turistas yanquis que llegan por el camino de Málaga; pero estar en Granada y no hacer una visita por mera curiosidad a la Alhambra, resultaría demasiado original. Y nosotros no queremos incurrir en ningún exceso.

Por tanto, a pesar de toda la literatura vertida en torno de esta «alhaja monstruosa» sobre la que se ofrece toda una biblioteca en el escaparate de una librería céntrica sin más excepción,—*et pour cause*—que la del libro de Waldo Frank, nos vamos a tomar una lección directa al Generalife.

Allí está enclavado precisamente el Hotel Washington Irving con sus lacayos de librea romántica para dar a los turistas rubios la noción pareja de los célebres «Cuentos» que todos leímos en la infancia.

Mediante el pago de una peseta, atravesamos primero los suntuosos jardines del Generalife sin llegar hasta la «Silla del Moro» porque está muy lejos y porque la hemos visto ya en línea paralela desde el Sacro Monte. Preferimos pasear a la sombra de los cipreses, preparando nuestro espíritu para visitar en seguida la Alhambra.

El Generalife completamente desierto, concluye por impresionarnos como un cementerio.

A la entrada de la Alhambra hay una legión de guías e intérpretes de primera, segunda y tercera clase. Todos autorizados y con su placa correspondiente. Los billetes que se expiden a los visitantes son también de distintas categorías. Los hay para las Torres, para el Alcázar y para la Alcazaba. Y de conjunto para una sola vez o para varias. Con derecho a sacar fotos o dibujar detalles arquitectónicos. Billetes para ver la Alhambra a la luz de la luna o del sol... Nosotros nos decidimos, desde luego, por los de conjunto y para una sola vez. Si de veras es para tanto, ya volveremos. Pero a decir verdad, la Alhambra no llega a cautivarnos. Bajo las galerías húmedas que conducen al Patio de los Leones encontramos sin embargo, a una vieja yanqui tullida que se arrastra con ayuda de dos bastones para comprobar de visu todas las maravillas que le señala su Baedeker. ¡Quién sabe de qué remota provincia de los Estados Unidos viene arrastrándose!

En todos los rincones hay pintoras de acuarelas llegadas asimismo del otro lado del mar. Los detalles recién restaurados de la arquitectura original parecen ser los preferidos, a juzgar por uno que otro dibujo que alcanzamos a ver.

Un estudiante marroquí vestido con una hopalanda gris y un fez violeta o morado, que se pasea en compañía de dos jóvenes francesas por el Patio de los Arrayanes es la única nota acorde con este ambiente de molicie y abandono que apaga hasta la voz interesada de los guías en la Sala de los Abencerrajes.

Cuando nos cansamos de contemplar el Albaicín desde las distintas torres, bajamos otra vez al parque que es después de todo lo que más nos gusta de la Alhambra. Aquí hay vida en movimiento. Fotógrafos, vendedores de caramelos, parejas de enamorados, niños, borriquillos y pájaros. Atardece lentamente. El césped parece ahora más verde alrededor del Palacio de Carlos Quinto.

Vamos en busca de la estatua de Ganivet, Nadie sabe

indicarnos donde se encuentra. En algún recodo, si existe, nos dice un chulo. Por fin, dos chicos la descubren tras de muchas vueltas. Para ellos es sólo la estatua del chivo, no a causa del rostro barbado de Ganivet, como lo sería para los chicos de Buenos Aires, sino en virtud del chivo de bronce que aparece en primer término. Pues el escultor ha puesto ante la columna que sostiene el busto de Ganivet un soberbio macho cabrío al que un efebo no menos soberbio toma de los cuernos.

—Ganivet, ¿era catalán? nos pregunta muy orondo uno de los chicos que nos ayudaron a encontrar su estatua.

¿Es posible, nos preguntamos a nuestra vez, que estos chicos no hayan oído hablar de Ganivet en su misma ciudad natal? Y junto a la fuente seca y rodeada no sabemos por qué de alambre de púa, les explicamos a los pequeños granadinos quién era Ganivet.

Al concluir, tenemos la sensación de haber pagado una antigua deuda al joven pensador de la vieja España. Por algunas páginas suyas inolvidables, hemos venido después de todo a Granada.

V

Sevilla y su veleidad

Para ir en tren de Granada a Sevilla hay que retroceder por el mismo camino del sur hasta la estación de empalme llamada Bobadilla, de la que sale también una línea para Córdoba. Como llegamos alrededor del mediodía y con mucha hambre somos los primeros en adquirir a los chicos de los andenes dos bolsones de merienda con vino y todo por treinta reales... Bien provistos los bolsones. Fiambre, queso, pescado, pollo, tortilla, naranja y pan. Pocas veces comemos con más apetito. Y con menos etiqueta, desde luego. Una pareja de perros flacos se presenta de pronto por las sobras. Nadie los corre. Al contrario, todos les arrojan algo. Cuando el tren reanuda la mar-

cha los perros se bajan tranquilamente. No podemos menos que premiar su compostura con una presa extra.

Pero en su lugar no tarda en hacer su triste aparición la clásica pareja de la guardia civil, ¿Qué hacen estos sombríos tricornios en nuestro coche? Sin duda, son una nota discordante en el tren. Se nos ocurre que todos bajamos un poco la voz en su presencia.

A propósito: la censura ha hecho que la opinión pública se manifieste ahora en España sólo en la sombra. Es lo que sucede cuando no se deja decir a los hombres lo que piensan a la luz del día. Los ministros abominados que no pueden aparecer con sus verdaderos calificativos en los periódicos de la oposición, son lapidados en los retretes. Algo de esto tuvimos ya la ocasión de observar en el tren que nos llevó a Granada.

Hablamos de ello ante un mozo que viene en silencio a nuestro lado desde Bobadilla. Resulta por suerte un republicano de izquierda que no tarda en contarnos muchas cosas increíbles de la bárbara represión de Asturias. Al principio lo hace con cierta reserva; pero luego termina por agregar cuanto sabe, sin miedo. A su juicio, la culpa de todo la tiene «El Bota». El Bota es el Presidente de la República.

A medida que nos acercamos a Sevilla el campo de la baja Andalucía se va haciendo cada vez menos suave. Las chumberas aparecen a lo largo del camino y los mismos cerros se vuelven más grises y remotos alrededor de los olivares. Burritos siempre, por todas partes; pero también caballos, vacas, cabras. Las ciudades populosas asoman asimismo con frecuencia. Osuna, Marchena, Utrera...

Ya en los arrabales de Sevilla el camino polvoriento y sin fin con su alta guardia de eucaliptus en la lejanía nos recuerda el arribo a La Plata a tal punto que ante la vista del río y las humeantes chimeneas del puerto sentimos una curiosa impresión de hallarnos en las proximidades de Buenos Aires...

(Varios letreros enormes contra la guerra y el fascismo so-

bre el muro rojizo de una fábrica, contribuyen a subrayar en nuestra mente esta honda evocación antes de llegar a las calles arremolinadas en torno del fantástico alminar de la Giralda).

Bajamos del tren un poquito sobreexcitados y por lo mismo sin ganas de darnos tregua para recorrer en seguida la ciudad. ¿Es el ritmo viajero de tantos días o algo invisible que flota en esta atmósfera lo que nos acucia de modo tan imperativo? Ni siquiera podemos detenernos a pensarlo.

Tras de llevar nuestro equipaje a la otra estación de Sevilla, pues ya pensamos en el tren que ha de llevarnos a Córdoba, seguimos en el mismo coche abierto hasta los suntuosos jardines de la Plaza América. El difunto general Primo de Rivera, de pintoresca memoria, era hijo de Sevilla y como buen dictador no se ocupó de otra cosa que de dotar a su hermosa ciudad de espectaculares avenidas para asombro del extranjero, cuando no para su propia fuga... Esta que recorreremos, a pocas cuadras del Guadalquivir, nos recuerda otra paralela al Plata, que dejó sin árboles en Buenos Aires su émulo argentino, el general Uriburu.

Pero son las avenidas solitarias alrededor de los falaces y abandonados edificios de la última Exposición iberoamericana, las que traen principalmente a nuestra memoria la imagen del porteño paseo de Palermo. Y a fin de que nada falte en este postrer contacto indiano, hasta se descuelga un chubasco, obligándonos a escapar a toda carrera en dirección a la Plaza Nueva, donde está nuestro hotel.

Una hora más tarde el sol brilla nuevamente sobre los árboles y nosotros nos largamos otra vez a la calle, lavados asimismo por una ducha de agua fría. El cielo continúa encapotado en gran parte y hace un poquito de calor. Nuestro desasosiego no ha desaparecido del todo; pero empezamos a sentirnos más tranquilos. ¿A dónde ir primero?

Subimos a la Giralda, para contemplar la ciudad desde su cúspide, si así puede decirse. Es un lindo ejercicio en todo sentido. Y aleccionador por añadidura. De entrada nos hace el efecto de una gruta artificial sin ningún objetivo inmediato; pero luego descubrimos un mirador ideal a cada vuelta. El panorama de la ciudad se nos ofrece en múltiples perspectivas. Cuando llegamos por fin al campanario arrullado de palomas, bajo la terraza, donde se levanta la estatua de la fe, o sea, la Giralda, propiamente hablando, nuestra visión panorámica de Sevilla y su veleidad es completa.

De regreso, un poco cansados, nos vamos a la calle de las Sierpes, repleta de casinos y negocios con «recuerdos» para los turistas.

La calle de las Sierpes es como un apéndice o una tenia de la Giralda. Basta recorrerla un rato detenidamente para darse cuenta hasta dónde la gente que la llena habla y se mueve con un caracoleo que no puede tener otro origen. La veleidad de la Giralda hace a la calle de las Sierpes aun más arrastrada de lo que su nombre deja suponer.

A la vuelta de una de sus vueltas nos paramos frente a un puesto de periódicos y elegimos unas revistas literarias de Valencia. Dos señoritos nos espían con torpe disimulo desde un rincón. Conocemos bien este guiño policial que el fascismo pone en los ojos desvergonzados de tales alcahuetes. Es justamente lo que más nos repugna de su régimen. ¡Hay tantos soplones en potencia que esperan la oportunidad de ejercitarlo a la sombra de un jefe!

Nos vamos de la calle de las Sierpes por otra flanqueada de mendigos que se llama —¡oh, candor ginebrino!— Arístides Briand. Un músico ciego canta unas coplas sevillanas acompañándose en la guitarra. Su lazarillo nos sale al encuentro por una limosna. No bien se la damos, tres chiquillos más nos ro-

dean para pedirnos un óbolo a beneficio de distintas cofradías que se proponen desfilar en la próxima procesión de la Cruz.

Desde luego, no consiguen interesarnos; pero uno de ellos logra al fin lo suyo, diciéndonos que tiene al padre en la cárcel por anarcosindicalista... Este dato tan preciso nos hace gracia. No dejamos de preguntarle:

—¿Y quién te manda entonces pedir para una cofradía?

—Mi madre, pues, que es devota de la Virgen.

Naturalmente, después de esta contestación no averiguamos el nombre del chico. A lo mejor el pobre se llama Bakunín del Carmen, como el de la anécdota...

Al otro día, después de recorrer algunos barrios de Sevilla, dándonos siempre con chicos que, preguntados por un museo o una fábrica contestaban indefectiblemente: «Hacia allá íbamos por casualidad», pegando en el acto una media vuelta en sentido contrario, subimos de nuevo a la Giralda, símbolo fijo de tanto movimiento y agitación.

Esta vez lo hacemos, por cierto, sin prisa deteniéndonos hasta para leer algunos de los muchos nombres anónimos que hay grabados sobre sus muros inmutables. Se diría que Sevilla, lejos de envolvernos en su retórica de autocomplacencia nos prepara más bien esta tarde para que busquemos su verdadera faz desde lo alto. No la encontramos, es claro, pero tampoco caemos en el error de confundirla con su vieja máscara de sombra...

Antes que en sus calles y sus plazas sentimos al fin la fuerza de Sevilla en su río. A su río debe esta ciudad, como Buenos Aires, cuanto es y cuanto fué.

Mientras nos vamos, ya de regreso, bordeándolo a pie, lentamente, en dirección a una fonda popular que nos recomendaron cerca de la avenida Pablo Iglesias, nos acordamos sin querer de estos felices versos de un poeta sevillano que gustaba adentrarse hasta sus marismas:

*¡Islas del Guadalquivir
donde se fueron los moros
que no se quisieron ir!*

Después de cenar recalamos en un cabaret llamado Hollywood en homenaje, sin duda, a la mentalidad sofisticada de los turistas yanquis que lo frecuentan. Es un cabaret como muchos de Buenos Aires, de esos a los que ningún burgués que se respeta entra con su mujer. Sin embargo aquí las parejas legales forman la mayor parte de la concurrencia. Las únicas solteras son quizás las bailadoras. No menos de diez en total, sentadas en el centro de un tabladillo adosado al fondo del salón, entre dos guitarristas y un bailarín de lo más cañí...

Una a una las muchachas se adelantan al golpe seco de las castañuelas, cuyo ritmo acentúa el taconeo de sus pies. De cuando en cuando surge una auténtica nota gitana y el cabaret entero parece venirse abajo de entusiasmo; pero en general el espectáculo no pasa de un vulgar flamenquismo de zarzuela. Restos de la antigua España de mantón y pandereta. Y también aplausos de manos ávidas de cerrarse al fin sobre algo más sólido que el aire estremecido de la danza. El bailarín que zapatea por último hasta la desesperación, es quien recibe olés más entusiastas. La farsa está bien montada; pero no es sólo farsa o no lo fué siempre. El ritmo andariego de la música es completamente popular. Albéniz, Granados, Falla, no han inventado otro, por cierto. Hay mucha poesía de Sevilla y de su río en él. Para encontrar un pensamiento de índole menos triste, aunque más profundo, hay que ir, dentro de España, a Córdoba.

Córdoba entre dos Mezquitas

El frío de la sierra en la madrugada es penetrante y sutil, como una sentencia de Séneca. Una vaga luz de amanecer se filtra débilmente por las persianas azules de nuestro lindo cuar-

to de hotel. Estamos en Córdoba desde la medianoche, pero apenas si entrevimos, de paso, la vieja y famosa ciudad dormida bajo la lluvia. Más bien la adivinamos ahora, impacientes, en nuestro desvelo matinal.

Una historia de siglos nos pesa, ay, en el corazón. En vano resistimos con orgullo el pensamiento de otra época. Es nuestro propio pensamiento, con todo. Y no sabemos de ningún otro...

¡Sombra gloriosa de Maimónides, recién evocada aquí, en su Córdoba, precisamente, por un ministro que no deja de disfrazar a ratos su cruel irracionalidad! ¿Cuántos años de duelo aguardan aún a nuestra joven España bajo su sangrienta égida?

Con esta inquietud, tan filosófica como real, nos sorprende el nuevo día en la voz clara y distinta de los hombres, los pájaros y los pollinos que llegan de la sierra verde a la plaza gris que se abre bajo nuestra ventana.

No tardamos en juntarnos a ellos. Es mucho más temprano de lo que imaginábamos. Con razón Córdoba sigue todavía acurrucada en el sueño. La envuelve un cendal de niebla finísimo, que poco a poco el sol naciente deja caer sobre el Guadalquivir.

En la conjunción de las dos callejas que forma la Plaza de Aladares que enfrenta nuestro hotel, se dijera que la ciudad bosteza ya una parte de su hambre... Por lo pronto, tiene aquí, en improvisada feria suburbana, varios puestos vecinos de carne, verdura, leche, pan.

Unos burritos que acaban de ser librados de sus cargas, ramonean gravemente hasta las hojas de «La Voz de Córdoba» caídas en el suelo. Lo que por cierto no espanta a los pajarillos que buscan su alimento entre los guijos salientes de la plaza.

—En seguida van a estar los ricos churros especiales, nos anuncia con voz redoblada un tío alto y flaco, cuya pequeña y robusta mujer aviva el fuego de una hornalla sobre la que el hombre se dispone a colocar el caldero del aceite.

—Volveremos en seguida, decimos sin convicción a la pareja. Y después de atravesar la plazuela entre las ofertas gra-

ciosas de los demás vendedores, tomamos por una callecita que nos conduce a otra que se llama Mariana Pineda, por la heroína liberal que tiene su estatua en Granada.

Aquí la plaza de su mismo nombre desemboca sobre la más amplia y moderna de Córdoba. Una plaza redonda, en cuyo centro se levanta, casi a la altura de sus edificios más elevados, la estatua ecuestre del Gran Capitán, notable ante todo, porque sobre el bronce de su cuerpo y su cabalgadura descuella una clarísima cabeza de mármol.

La Plaza del Gran Capitán así como el enorme paseo epónimo y sus jardines colindantes, poco tienen que ver sin duda con el espíritu de la antigua Córdoba que dejamos atrás. Son más bien el reflejo de una prosperidad de otra clase que aún no conseguimos ubicar.

Esté mismo Café lujosísimo donde entramos a desayunarnos ¿no estaría mejor con sus flamantes sillones cromados y todo lo demás en Nueva York?

Las señas que nos hacen al pasar unos chicos de rostros famélicos a través del cristal que mira a la calle Concepción, parece una respuesta harto significativa. Salimos a obsequiarlos con el resto de los bizcochos que acabamos de abonar; pero los pobrecitos se nos pierden de vista frente a la iglesia de San Nicolás.

Volvemos por la misma calle Concepción que, a juzgar por sus negocios es el centro comercial de Córdoba, al paseo del Gran Capitán. Del otro lado de los jardines están los cuarteles de la ciudad. De ahí llegan poco a poco, algunos reclutas enfundados en largos capotes de amplias mangas colgantes. Vistos de atrás, los cetrinos soldados españoles, parecen verdaderos árabes envueltos en sus albornoces. Por lo menos, pasan entonando un vago cantar del pueblo que es casi siempre una queja de *cante jondo*.

Durante un par de horas vagamos a lo largo de estos jardines llenos de gratos recuerdos literarios por todas partes. Góngora y el duque de Rivas tienen aquí, bajo la fronda poblada de trinos, sendos monumentos y placas conmemorativas. Algunos de sus versos, grabados en la piedra o en el bronce, lucen sus galas al sol.

Entre fuentes, columbarios y piscinas, asoman otras glorias más nuevas de Córdoba. Mateo Inurria, el escultor. Romero de Torres, el pintor. Y casi al final o más bien al principio, viniendo de la estación, se alza en un claro de la vieja arboleda, la Biblioteca Séneca, al aire libre. Es un quiosco no más, de puro estilo árabe, en torno del cual hay, emplazados a la sombra, muchos bancos andaluces que ostentan una máxima del filósofo en cada uno de sus azulejos.

En este ambiente tan propicio al recogimiento y la meditación, volvemos a pensar, frente a un busto de Lucano esta vez, en el árduo problema de la nueva Córdoba que nos preocupara ya antes, en el suntuoso Café neoyorquino, al primer contacto con esta Quinta Avenida en miniatura, sin más rascacielos que los que rodean la estatua del Gran Capitán.

Pero, ¿de dónde sale este boato de película yanqui en una ciudad que fué siempre más afortunada en las letras que en las armas? El turismo, en verdad, no puede dar para tanto. La Mezquita...

«La Mezquita». Así, entre comillas, justamente, y en grandes letras negras, descubrimos su nombre, de pronto, desde este duro banco ilustrado por la sabiduría de Séneca. Salta a nuestros ojos a la distancia, más allá del parque y la estación, en la clara luz de Córdoba. Es nada menos que una inmensa fábrica de cerveza... «La Mezquita», Sociedad Anónima.

Naturalmente, los turistas que llegan apresurados a ver a la Mezquita auténtica, no reparan siquiera en ésta. La Avenida del Gran Capitán permite a sus automóviles deslizarse hasta ella con la misma velocidad que en Londres, París o Nueva York.

Pero nosotros que nos dirigimos a pie y sin prisa hasta el próximo *Barrio de las Ollerías*, no dejamos de averiguar cuántos chicos trabajan en esta nueva Mezquita, ignorando la existencia de la otra...

Paradojas del progreso, sin duda, y del crecimiento inorgánico de estas antiguas ciudades en nuestra época.

Córdoba,—concluimos ya de regreso a nuestro hotel—recuperará su pasado esplendor cuando en vez de los intereses contrarios que ahora la dividen, vuelva a estar animada de una nueva virtud común. Entonces estos chicos de «La Mezquita» llenarán de vida fresca, los jardines, hoy desiertos, y las antiguas palabras que atraen todavía a millares de hombres hacia sus monumentos más perdurables, volverán a recobrar su eterna significación.

Después del almuerzo, siempre tardío en España, Córdoba se duerme en la quietud de la siesta. Vamos ahora por sus callejas umbrosas y envolventes. Trazadas de modo que el sol les dé en lo posible de costado, son frescas y placenteras, aunque con algo de cementerio, debido, quizá, a los nombres propios que llevan sobre lápidas de mármol...

A poco de andar, llegamos a una hermosa placita verdegueante llamada de Jerónimo Páez. Un patio familiar casi, en un recodo de la calle, con varios naranjos y tres o cuatro rústicos bancos de madera. Nada extraordinario, en verdad. Pero en ninguna otra parte experimentamos una sensación igual de regreso feliz. Es como si volviéramos a este lugar después de muchísimos años. Siglos tal vez.

Con rumbo ya, proseguimos nuestra peregrinación hasta dar con los restos de la antigua Judería. Averroes y Maimónides, nada menos, son los nombres de estas callecitas estrechas. De seguro, la Sinagoga no queda lejos de aquí. Como no llevamos mapa ni guía de ninguna clase, recurrimos igual que otras veces, a unos chicos que nos salen al paso.

¿La Sinagoga? No la conocen. Sin embargo, les suena la

palabra mágica. Y el más listo termina por ayudarnos a encontrarla en la calle de los Judíos. Todos se atribuyen el hallazgo. Y mientras nosotros entramos a visitarla, ellos se quedan a la puerta, disputando sobre sus pequeños derechos...

La famosa sinagoga de Córdoba tiene apenas el tamaño de la más modesta capilla católica de nuestros días. Lo fué en efecto durante mucho tiempo. Sin embargo, las únicas huellas que se conservan en sus muros son enteramente de origen hebraico, aunque con visibles influencias árabes y cristianas. Poca cosa en total, fuera de su ámbito: pero testimonio elocuente, después de todo, de una época de tolerancia que las mismas luchas posteriores no consiguieron borrar por entero.

Este respeto siquiera a medias de la obra del adversario, cuya creación es imposible extirpar sin mengua del espíritu, constituye una verdadera prueba de inteligencia, en el más alto y humano sentido de la palabra. No de otra manera puede traducirse, por cierto, el reciente homenaje a Maimónides entre estas paredes, al cumplirse el octavo centenario de su nacimiento en Córdoba.

La cuidadora cristiana de la letra que perpetúa este homenaje en el mármol, no tiene, es claro, la menor idea de nuestro pensamiento al mostrárnoslo gentilmente en el patio. Pero es una buena y sencilla mujer del pueblo y nos entendemos en seguida.

Así hubieron de entenderse nuestros abuelos a la sombra de estos muros restaurados, por encima de los Grandes Inquisidores que les mandaban arrasar todo a sangre y fuego...

A la salida de la Sinagoga encontramos todavía disputando a los chicos que nos condujeron hasta ella. Son cinco ahora; pero uno se ve que nos considera de su exclusiva propiedad, no sólo por atribuirse el descubrimiento de la Sinagoga, sino también por haber sido a él a quien nos dirigimos primero en la calle de Maimónides. Hacemos la paz entre el pequeño caudillo y su séquito. Es a no caber duda el más audaz y el más gracioso de todos.

En seguida nos propone su compañía para visitar la Mezquita. Bromeamos sobre la suma fantástica que le vamos a deber por la Sinagoga y la Mezquita, según la tarifa oficial... El diablito nos pide sólo cinco pesetas por todo y por todos.

Naturalmente, nos parece poco y le prometemos la misma suma en moneda argentina; pero el pobrecillo no entiende de cambios, por ventura, y al fin acordamos gastarnos esta cantidad o la que fuese necesario en una pastelería hasta quedar todos completamente satisfechos...

Mientras llega la hora adecuada nos encaminamos a la Mezquita, averiguando de paso la gula de cada cual. Los cinco parecen no tener dudas sobre la excelencia incontrastable de ciertas tortas que se venden en una pastelería que hay cerca de la Puerta del Puente. Les ofrecemos un anticipo en otra pastelería antes de llegar a la Mezquita; pero no aceptan. Se reservan para después, haciendo asco a todas las demás tortas del mundo y amenazándonos graciosamente con no dejar ni una de esas de a perra gorda...

La Mezquita de Córdoba, lo mismo que la Sinagoga no ha perdido su carácter original de templo abierto al cielo de un patio de palmeras con la empecinada cuña católica de varios siglos en su corazón. Por fuera y por dentro la fábrica ha sido muy dañada desde la Puerta del Perdón hasta la nave llamada de Villaviciosa; pero sin lograr, empero, hacer de la Mezquita una Catedral, no obstante su bautizo con el nombre pomposo de Santa María la Mayor.

El laberinto de columnas milenarias aun converge en múltiples perspectivas sobre la magnificencia de los Mihrabs, entre las tumbas y las capillas cristianas, guardadas por una legión de mendigos que nos asedian en la sombra, detrás de todas las puertas. Es una nueva lección de conquista que aprendemos de entrada.

En la escuela nos ponían siempre el mismo ejemplo de Gre-

cia y Roma. De la lucha «entre la cruz y la media luna» nuestros maestros no sacaban iguales consecuencias. Quisiéramos saber ahora si los de nuestros pequeños acompañantes, que tienen esta Mezquita tan a mano, les han dicho algo a este propósito o si consideran definitivamente vencedora a la otra Mezquita que vimos esta mañana. Pero los muy pícaros, cansados de jugar a las escondidas entre las columnas, nos esperan ahora sentados en el patio de los naranjos, sin ganas de acordarse para nada de la escuela ni ninguna otra cosa, fuera de las tortas....

Dejamos pues, el tesoro de la Mezquita para visitarlo otro día con más luz y nos encaminamos con la pandilla infantil a la Puerta del Puente para cumplir nuestro pacto al pie del horno, que ya estuvo seguramente para bollos...

Durante una hora, con gran regocijo de la patrona y de su hija, «los golfillos» se hacen servir cuantas tortas de «a perra» hay en la pastelería. Son realmente sabrosas y nosotros contagiados de su apetito les ayudamos a no dejar ni una para semilla...

Al fin, no pueden más y pedimos la cuenta. Todavía les corresponde repartirse la vuelta, como aquí se dice, de los cinco nacionales o su equivalente... Lástima que no queden más tortas...

-- Después de todo no eran tantas, les decimos en la calle seguros de hacerles gracia. Nos proponen esperarnos al día siguiente más temprano con unos hermanillos que también son buenos para las tortas. Aceptamos, desde luego, encantados. Pero una accidentada excursión a la Sierra y a Medina Azahara nos priva al otro día de este placer. Después, a pesar de todas las búsquedas no volvemos a encontrar a nuestros chicos. ¿Los encontraremos alguna vez? ¿Reconocerán en nosotros a la pareja excéntrica que un día, a muy poco precio, los hizo dichosos con su dicha? Ojalá, aunque no sea entre las dos mezquitas de Córdoba.